

La imagen dialéctica frente al relato historicista

The Dialectical Image in Opposition to Historicist Narratives

Paloma Sierra Ruiz

Departamento de Filosofía, Universidad de Guanajuato
Guanajuato, México
p.sierra@ugto.mx
ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-9803-9137>

Resumen

Algunas de las pretensiones del historicismo como postura histórica, tal cual lo tipifica Walter Benjamin en sus tesis “Sobre el concepto de historia”, son las de construir un relato progresivo, lineal y neutral de la historia. Se da por sentado que los episodios históricos son una suerte de cuentas engarzadas en una cadena que pueden ser separadas para aislarse y estudiarse individualmente sin relación alguna. En este artículo se abordará, críticamente, la petición de neutralidad que el historicismo hace para poder convertir el relato de los acontecimientos en historia *verdadera*, y se propondrá la imagen dialéctica como una apuesta por una alternativa para articular históricamente el pasado.

Palabras clave: materialismo histórico; Walter Benjamin; teoría crítica; filosofía de la historia

Abstract

Some of the claims of historicism as a historical stance—as typified by Walter Benjamin in his “Theses on the Concept of History”—include the construction of a progressive, linear and neutral narrative of history. It is taken for granted that historical episodes are like beads on a string, capable of being separated and studied in isolation,

Recepción: 14-04-2025 | Aceptado: 19-05-2025
Publicado: 24-12-2025

Acceso abierto

Esta obra está bajo licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC
BY-NC 4.0) <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es>

Citación:

Sierra, Paloma. "La imagen dialéctica frente al relato historicista". *Estudios del Discurso* 11.2 (2025): 1-16.

DOI: <https://doi.org/10.30973/esdi.2025.11.2.242>

without any relational context. This article critically examines historicism's demand for neutrality as a prerequisite for turning the narration of events into *true* history. In contrast, it proposes the dialectical image as a wager on an alternative means of historically articulating the past.

Keywords: Historical materialism; Walter Benjamin; Critical Theory; Philosophy of History

El relato historicista

Había una vez dos poetas pobres. Ya en tiempos de abundancia habían pasado hambre, pero ahora, en tiempos de penuria —pues un tirano cruel saqueaba para su casa los campos y las ciudades, reprimiendo muy duramente cualquier oposición—, se encontraban en trance de perecer. Entonces el tirano oyó hablar del talento de ambos y los invitó a su mesa, y, animado por la ingeniosa conversación de los poetas, prometió a los dos una suculenta pensión. Cuando regresaban, uno de ellos pensó en la injusticia del tirano y repitió la conocida acusación del pueblo. «Tú eres incoherente —manifestó el otro—. Si piensas así, deberías continuar pasando hambre. Quien se siente unido a los pobres tiene que vivir como ellos.» Su camarada quedó pensativo, le dio la razón y rechazó la pensión del rey. Finalmente acabó muriendo. El otro, después de algunas semanas, fue nombrado poeta de la corte. Ambos fueron coherentes; y ambas coherencias favorecieron al tirano. La universal prescripción moral de la coherencia parece que tiene su propia peculiaridad: que es más favorable a los tiranos que a los poetas pobres.

Max Horkheimer. "Una fábula sobre la coherencia"

Algunas de las pretensiones del historicismo como postura histórica, tal cual lo tipifica Walter Benjamin en el capítulo "Sobre el concepto de historia" de su libro *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, son las de construir un relato progresivo, lineal y neutral de la historia. En este artículo se abordará, de manera crítica, la petición de neutralidad que el historicismo hace para poder convertir el relato de los acontecimientos en

historia verdadera, así como la apuesta por una alternativa para articular históricamente el pasado, alejada de esas pretensiones.

En la tesis VII del texto de Benjamin referido arriba podemos leer: “Fustel de Coulanges le recomienda al historiador que quiera revivir una época que se quite de la cabeza todo lo que sabe del curso ulterior de la historia. Mejor no se podría identificar al procedimiento con el que ha roto el materialismo histórico” (*Tesis sobre la historia* 41). Coulanges, historiador francés del siglo XIX, pide al profesional de la historia que, para llevar a cabo su labor adecuadamente, renuncie a lo que sabe más allá del acontecimiento que estudiará. Se puede pensar esta petición en dos sentidos: uno referente a la historia anterior y posterior al hecho, y otro más bien referido a la propia experiencia histórica. Por un lado, se da por sentado que los episodios históricos son una suerte de cuentas engarzadas en una cadena que pueden ser separadas para aislarse y estudiarse individualmente sin relación alguna; es decir, el objeto que va a estudiar la historia contiene su sentido en sí mismo. Al mismo tiempo, se insinúa que quien realiza la investigación histórica es capaz de suspender su juicio y, con él, su experiencia propia que, a decir de esta propuesta, se configura de manera independiente a su saber y a sus formas de investigar. En este caso, se concibe al sujeto y a su aparato de conocimiento como si fueran autónomos de la historia misma. Esta postura será la que Benjamin llame historicista, la cual antagoniza con el materialismo histórico que formula a lo largo de todas sus tesis. Continúa el texto:

Es un procedimiento de empatía [el del historicismo]. Su origen está en la apatía del corazón, la acedia, que no se atreve a adueñarse de la imagen histórica auténtica, que relumbra fugazmente. Los teólogos medievales vieron en ella el origen profundo de la tristeza. Flaubert, que algo sabía de ella, escribió: “Pocos adivinarán cuán triste se ha necesitado ser para resucitar a Cartago”. La naturaleza de esta tristeza se esclarece cuando se pregunta con quién empatiza el historiador historicista. La respuesta resulta inevitable: con el vencedor. (*Tesis sobre la historia* 41)

Lo que el historicismo evita es empatizar con el relato histórico, frenar la espontaneidad del reconocimiento en él y traducir esa apatía en neutralidad, actitud *imparcial* deseada para solventar la supuesta objetividad requerida en la labor del profesional de la historia. Sin embargo, Benjamin señala que lo que está detrás de evitar “adueñarse de la imagen histórica auténtica, que relumbra fugazmente” —es decir, que solo aparece

de manera momentánea— es la complicidad que se tiene con el bando que el relato ha identificado como vencedor inapelable. El historiador historicista no se permite poner en cuestión dos cosas: ni que su materia de estudio —cierta versión de la historia— existe fuera de un discurso enraizado, de por sí, en una postura en especial —la de la complicidad con el bando vencedor—, ni que sea capaz de apropiarse de la historia desde su circunstancia como sujeto constituido también por ella. Todo esto es una muestra de cómo, en realidad, la neutralidad siempre es encubrimiento de la connivencia con la parte que pretende ser reconocida como ganadora porque no se puede concebir la historia fuera de las dinámicas del violento enfrentamiento y la victoriosa imposición.

En las notas a las tesis “Sobre el concepto de historia” que acompañan la edición traducida por Bolívar Echeverría, se encuentra esta cita rescatada de Louis Dimier¹ por el propio Benjamin:

Es la curiosidad por el hecho lo que impulsa al historiador a la investigación; es la curiosidad por el hecho lo que atrae y cautiva a su lector [...]. Los testimonios [...] hacen que uno no pueda dudar del asunto, es su concatenación natural lo que completa la persuasión ... Lo que resulta es que el hecho permanece entero, intacto [...] todo su arte se reduce a no tocar nada en el asunto, a observar lo que Fustel de Coulanges a[sic] denominado atinadamente 'la castidad de la historia'. (*Tesis sobre la historia* 64-65)

La certeza de que es deseable que no exista aproximación empática alguna con el *hecho histórico* está muy bien repartida entre lxs historiadorxs. Llama la atención que esa imparcialidad —o indiferencia— sea comparada con la castidad, cualidad de renuncia al acto sexual, la cual puede ser leída como una renuncia a la relación íntima con la historia.

Para ilustrar lo que se acaba de exponer, se transcribirá un párrafo del texto “Contra el maniqueísmo histórico: visión y revisión de la historia de América” del pensador puertorriqueño Manuel Maldonado-Denis:

El 12 de octubre ha pasado a ser, por lo tanto, un punto de referencia para reavivar una vez más los viejos debates entre hispanófilos e hispanófobos, tomando el asunto, al menos en un país como el nuestro [Puerto Rico], tan dado al uso de la hipérbole, el

1 Historiador francés (1865-1943)

carácter de un estéril debate que, reducido a su mínima expresión, se convierte en uno de índole semántico. Porque lo que importa, en última instancia, no es si lo llamamos “descubrimiento” o “encuentro” o lo que sea, sino el significado histórico que tuvo para la humanidad aquel *venturoso* viaje realizado por Cristóbal Colón y que culminó, el 12 de octubre de 1492, con el triunfo de la ciencia sobre la superstición, de la voluntad y el valor contra la flaqueza y la cobardía de los mefistofélicos espíritus que siempre niegan. (citado en Zea 57)

En estas palabras podemos encontrar una clara manifestación del historicismo promovido por Coulanges y duramente criticado por Benjamin. El autor comienza por hablar de los “viejos debates” que evocan la fecha de la llegada de Colón a América y de inmediato los tipifica maniqueamente, contrario a lo que sugiere el título de su texto, por cierto. Al renunciar tanto a la hispanofilia como a la hispanofobia, pareciera que se coloca en un lugar neutral y privilegiado que le permite decir que cualquier discusión en torno al proceso de conquista y colonialismo en América es situarse en alguno de estos dos lados, mismos que, además, refieren a afectos (amor/odio) y no propiamente a posturas de análisis. Nos hace pensar que él, como buen historiador imparcial, no toma partido y que se dispondrá a hacer una revisión precisa de lo que ocurrió aquel 12 de octubre de 1492. Sin embargo, una vez que tilda de carácter estéril a la discusión meramente semántica, según él, sobre el nombre mismo de lo que sucedió hace 500 años, no duda en usar calificativos positivos para “describir sin sesgo” la travesía de Colón. Para el autor, “venturoso viaje”, “triunfo de la ciencia” y “voluntad y valor” son las palabras que revelan el significado histórico que tuvo ese “descubrimiento o encuentro o lo que sea”. Apunta, primero, a quien lo lee con un argumento que pretende dejar intacto, como dice Dimier, el hecho histórico, para después, hacer parecer que las caracterizaciones no son hechas por él, sino que son propias de la historia misma. Lo que se intuye en esas líneas es lo siguiente: “yo no estoy ni a favor ni en contra, yo solo vengo a contarles de la dicha que trajo el acontecimiento histórico de eso que, le llamen como le llamen, fue un viaje lleno de ventura”. La réplica del discurso triunfalista por parte de quien se identifica como historiador objetivo hace que sea más fácil aceptar que puede existir una visión de la historia única y válida, pues ¿no está diciendo que se aleja de los maniqueísmos?, ¿no es obvio que sean las victorias las que hagan la historia?

El historicismo está cierto de que la disciplina histórica, catalogada como una ciencia social que estudia el pasado, se ejerce a partir de la separación metodológica

entre el sujeto que la estudia (historiadorx) y el objeto que analiza (hecho histórico). Asume, entonces, que puede configurarse, de manera autónoma al relato histórico, cierto tipo de sujeto profesional en el campo de la investigación, así como la preexistencia de cierto acontecimiento específico, independientemente de la mirada que lo observe. El estatuto científico de la historia le posibilitaría poner en marcha un instrumental analítico compuesto de saberes, métodos y sistematizaciones, el cual aseguraría que, si se usa correctamente, se construya un relato que narre, de manera congruente, el sentido unívoco de los acontecimientos: un discurso causal siempre dirigido a contar la verdadera versión del pasado. Cuando hablamos de congruencia en el discurso, nos referimos a que está hilvanado de tal forma que la consecución lógica y progresiva de los acontecimientos responde a un *telos*, a un fin último que, desde la postura historicista, no tiene intereses particulares porque ha asegurado su neutralidad por medio de la separación metodológica del sujeto y del objeto: el sujeto puede usar sus herramientas para observar y narrar acertadamente ese objeto que se le presenta como otro, cuya existencia es completamente ajena a él. Recordemos lo que pide Coulanges: quitar “de la cabeza todo lo que se sabe del curso ulterior de la historia”, este consejo no solo lo da porque le parece la mejor actitud para el estudio histórico, sino, sobre todo, porque lo cree posible. Todo esto conlleva a que, cuando la historia se convierte en una ciencia, se disocia de la idea de que lo que la compone es la experiencia misma, experiencia que, en un sentido benjaminiano, sería imposible de separar ya que está compuesta de todas las relaciones constantes que se entrelazan dialécticamente. Para Benjamin, resulta imposible separar sujeto y objeto, por lo tanto, también es imposible conocer y enunciar el conocimiento desde un lugar que no hable de la circunstancia que lo configuró.

Para cerrar este apartado, se analizará el resto de la tesis VII de Benjamin. Después de aclarar que el historiador historicista empatiza con el vencedor escribe:

Y quienes dominan en cada caso son los herederos de todos aquellos que vencieron alguna vez. Por consiguiente, la empatía con el vencedor resulta en cada caso favorable para el dominador del momento. El materialista histórico tiene suficiente con esto. Todos aquellos que se hicieron de la victoria hasta nuestros días marchan en el cortejo triunfal de los dominadores de hoy, que avanza por encima de aquellos que hoy yacen en el suelo. (*Tesis sobre la historia* 41-42)

Nos gustaría resaltar cómo, en esta tesis, la caracterización del vencedor no aparece de manera clara, es decir, no se habla explícitamente de la burguesía, de manera que se restringe el discurso a uno de índole estrictamente socialista. Esto hace que Benjamin nos invite a participar en el reconocimiento de ese grupo vencedor de la historia que se actualiza en cada momento. Las preguntas que convoca dicho reconocimiento serán ¿quiénes son lxs vencedorxs?, ¿quiénes sostienen las relaciones coloniales?, ¿las relaciones patriarcales?, ¿las relaciones racistas? Los sistemas violentos de relaciones, como el colonialismo, el patriarcado o el racismo, nos atraviesan a todxs lxs que vivimos en ellos, y hacen que no seamos esencialmente sujetos racistas con una identidad estable, sino que reproduzcamos relaciones que configuran, de modo racista, nuestra experiencia y la de quienes nos acompañan. Benjamin habla “del vencedor”, pero proponemos que, consecuentemente con el pensamiento dialéctico que en ningún momento deja estables a los actantes de la historia, radicalicemos la expresión y hablemos de *lo vencedor* como una manera de relacionarnos con el mundo y de reproducir sus escenarios.

A continuación, se echará mano de la tradición marxista de la que abreva Walter Benjamin para caracterizar su propio materialismo histórico. En *El discurso crítico de Marx*, Bolívar Echeverría, siguiendo lo dicho en *La ideología alemana*, escribe:

La lucha ideológica no consiste simplemente en un enfrentamiento entre dos cuerpos de doctrina que se disputen el derecho a asentarse sobre la “conciencia social” y a ocuparla, y en el que uno, el de la burguesía, se imponga y acalle al otro debido tan sólo a una supremacía física en el acceso a los aparatos de comunicación. [...] La lucha ideológica y el dominio ideológico son hechos que ocurren en primer lugar y de manera determinante en la esfera profunda del “lenguaje de la vida real”, allí donde se produce el discurso, el “lenguaje propiamente dicho”, es decir, “la conciencia y las ideas”. (Echeverría 62)

Al recuperar este pasaje, quisiéramos hablar de dos cuestiones relacionadas con lo que se dijo en el párrafo anterior respecto a *lo vencedor*, para hacerlo, separaremos como estrategia analítica, en este caso, al plano de lo histórico del plano de lo cultural. La primera cuestión, correspondiente al plano de lo histórico, es que, partiendo del materialismo histórico propuesto por Marx y el cual sirve de fundamento para el de Benjamin, la separación sujeto/objeto es una manifestación del discurso teórico

burgués, que ayuda a la construcción del mundo capitalista cuyo “lenguaje de la vida real” *habla en capitalismo*, por decirlo de alguna manera. Dice Marx en *La ideología alemana*:

Al burgués le es tanto más fácil demostrar con su lenguaje la identidad de las relaciones mercantiles y de las relaciones individuales e incluso de las generales humanas, por cuanto este mismo lenguaje es un producto de la burguesía, razón por la cual, lo mismo en el lenguaje que en la realidad, las relaciones del traficante sirven de base a todas las demás. (266)

El historicismo, usando el lenguaje burgués que sustenta todas las relaciones, hace un análisis historiográfico que pide objetividad y neutralidad del sujeto historiador. Siguiendo a Benjamin, se podría decir que pide apatía con lxs vencidxs y se convierte en antagonista de las otras formas historiográficas (como el materialismo histórico) que cuestionan si es posible diferenciar al sujeto de su objeto, y si esa distinción no es acaso una forma más de reproducir las relaciones mercantiles en las narrativas de la historia; no importa si estamos hablado de la revolución comunista, si nuestro acercamiento a ella es historicista, se fortalecerán y reproducirán las relaciones capitalistas que son las que dominan. En palabras de Audre Lorde (feminista negra y lesbiana del siglo XX), se podría sintetizar que: “Las herramientas del amo nunca desmontan la casa del amo”.²

La segunda cuestión, la del plano de lo cultural, tiene que ver con la parte final de la tesis VII:

Y como ha sido siempre la costumbre, el botín de guerra es conducido también en el cortejo triunfal. El nombre que recibe habla de bienes culturales, los mismos que van a encontrar en el materialista histórico un observador que toma distancia. Porque todos los bienes culturales que abarca su mirada, sin excepción, tienen para él una procedencia en la cual no puede pensar sin horror. Todos deben su existencia no sólo a la fatiga de los grandes genios que los crearon, sino también a la servidumbre anónima de sus contemporáneos. No hay un documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie, tampoco lo está el proceso de la transmisión a través del cual los unos lo heredan de los otros. Por eso el materialista histórico se aparta de ella en la

2 Título de una conferencia dada en 1979, y publicada en el libro *La hermana, la extranjera*.

medida de lo posible. Mira como tarea suya la de cepillar la historia a contrapelo. (*Tesis sobre la historia* 42-43)

Una forma de concebir la historia, el historicismo, ha vencido y “no ha cesado de vencer” (40), según Benjamin. El discurso dominador, heredero de las victorias del pasado, ha saqueado a su contrincante para apropiarse de un botín de guerra al que ha nombrado “bienes culturales”; sin embargo, el materialista histórico ve con desconfianza la bondad en ellos, pues proceden del horror derivado de la lucha. La famosa frase que refiere que cualquier documento³ de cultura es, también, un documento de barbarie propone que, en una sociedad cuya experiencia entera nace de una batalla, no hay nada que se produzca al interior de ella que no esté impregnado del horror de la competencia bélica. No quisiera dejar pasar las agudas reflexiones de Daniele Cargnelutti, quien ha problematizado la oposición peyorativa de la barbarie frente a la de civilización; sus señalamientos denuncian la concepción, jerárquica y violenta de que lo bárbaro es lo indeseable, mientras que lo civilizado es lo grato. A partir de sus agudas reflexiones, hemos podido darle un giro dialéctico a la comprensión de este enfrentamiento, al entender que la civilización no existe fuera de su relación con la barbarie, y que la labor de quien piensa desde el materialismo histórico no es añorar la una por encima de la otra, sino hacer una crítica ulterior al pensamiento que las concibe como separadas. Tal vez, lo que Benjamin hace notar no es la existencia de ambas, sino la necesaria relación que le da vida tanto a la civilización como a la barbarie, y que es creada por la lectura de la historia posicionada del lado de lo vencedor.

Volviendo a la tesis VII, el materialismo histórico, consciente de que “todos los bienes culturales que abarca su mirada, sin excepción” son el resultado de una victoria y, por lo tanto, de una derrota, no puede hacer otra cosa que apreciarlos en su dimensión contradictoria. Al final del fragmento citado, podemos leer que, para encontrar las contradicciones que habitan en la historia, es necesario cepillarla a contrapelo, no solo para ver lo que se oculta, sino para cambiar de *técnica*. Cepillar en sentido contrario es cambiar la intención de la actividad historiográfica, es abandonar las herramientas historicistas y hacerse de las propias.

3 O como dice Daniele Cargnelutti: *documonumento*, en su trabajo *Horkheimer y la estética. Notas aproximativas*.

A lo largo del corpus benjaminiano, es posible encontrar una propuesta diferente a la lectura hegemónica de la historia, puesto que es a partir de las imágenes dialécticas que Benjamin ensaya un acercamiento diferente. A través de ellas, saltan a la vista las contradicciones producidas por el constante enfrentamiento entre lo vencedor y lo vencido, pero lo más importante es que sus tensiones advierten que los peligros pueden seguir actualizándose en cada momento. En sus propias palabras: “Lo que resulta decisivo es que el dialéctico no puede contemplar la historia más que como una constelación de peligros que él, siguiéndola reflexivamente en su desarrollo, se dispone a evitar en todo momento” (*Libro de los pasajes* 472).

2. Las imágenes dialécticas

*Había un sentimiento amoroso y asombrado,
pues la geografía nocturna de la ciudad de México trastoca,
subvierte los puntos cardinales,
y al mezclar el pan y el vino del tiempo y el espacio
se transustancia en una unidad extraña que hace posible
la convivencia de sucesos ocurridos hace cuatro siglos
con cosas existentes hoy;
piedras que ya existían en el año de Ce Ácatl
con campanas y fábricas y estaciones y ferrocarriles. [...]*

*No importaba que los ruidos de Tlatelolco y Nonoalco fuesen el aletear,
como rojo pájaro ciego, de la respiración fatigada de alguna locomotora,
o el ardiente ir trasmutando la materia de los alimentadores
de los altos hornos de La Consolidada;
ni que ese largo sollozo de Atzacapotzalco
se transformara en la sirena de la Refinería:
eran también el rumor de los antiguos tianguis,
el canto de los sacerdotes en los sacrificios
y el patético batir de remotos teponaxtles.*

Los días terrenales. José Revueltas

Para un primer acercamiento a la noción de imagen dialéctica concebida por Walter Benjamin, proponemos imaginar una suerte de fotografía en movimiento, una instantánea en la que pudiéramos ver el movimiento de sus protagonistas, un encuadre

hecho a una escena ocurrida en el pasado, pero realizada continua y espontáneamente en el presente. No habría que pensar en los cuadros por segundo de la técnica cinematográfica, en la que es fundamental la consecución, pues cada vez que es repetida la secuencia aparece la escena una y otra vez, sin cambios. En este retrato imaginario, lo importante no sería apreciar la escena estática, sino otorgarle vida a través del movimiento que, contradictoriamente, está capturado en una fotografía. Esta aprehensión del instante dejaría de ser una impresión fija del tiempo y se convertiría en una imagen de la acción como si estuviera pasando en el presente, dejaría de ser la representación de sujetos y objetos contenidos en sí mismos para volverse una captura de las relaciones entre ellos.

En una carta a T. W. Adorno fechada el 5 de agosto de 1935, Benjamin escribió:

Al extinguirse su valor de uso, las cosas alienadas quedan vaciadas y adquieren significaciones cifradas. De ellas se apodera la subjetividad, que introduce en ellas intenciones de deseo y miedo. Dado que las cosas muertas sustituyen como imágenes a las intenciones subjetivas, éstas se presentan como no perecidas y eternas. Las imágenes dialécticas son constelaciones entre las cosas alienadas y la significación exacta, detenidas en el momento de la indiferencia de muerte y significación. Mientras que en la apariencia las cosas despiertan a lo más nuevo, la muerte transforma sus significaciones en lo más antiguo. (citado en Cuesta 80)

En esta cita podemos encontrar, además del característico estilo casi esotérico de nuestro autor, una *definición* de las imágenes dialécticas que, por la forma en la que está presentada, asegura que su significado sea tan inquietante como la relación entre la muerte y la vida que se menciona, la cual acarrea una transformación renovadora de las cosas. Benjamin dice que las imágenes dialécticas son constelaciones; según la astronomía, compuestas por estrellas agrupadas, pero en esta acepción lo estarán por las relaciones entre un conjunto de sentidos contradictorios ("cosas alienadas y la significación exacta") que, por medio de un trazo imaginario, conforman una figura particular en el cielo de la comprensión. El trazo que nos permite pasar de un firmamento en el que, azarosamente, destellan astros salpicados, a una ilación entre ellos, a que del azar emerja una imagen, requiere que alguien lo realice. Es decir, no puede haber constelación sin una mirada que relacione sus puntos para otorgarle un sentido, ella solo aparece a quien la descubre. ¿Dónde estará su sentido, entonces, en el lejano

firmamento o en el punto terrenal desde donde se aprecia? ¿Será que necesita de la relación entre ambos para su existencia?

En un apunte titulado “Nuevas tesis” en la versión de *Tesis sobre la historia y otros fragmentos* traducida por Bolívar Echeverría se puede leer lo siguiente:

Articular históricamente algo pasado significa: reconocer en el pasado aquello que se conjunta en la constelación de uno y un mismo instante. El conocimiento histórico sólo es posible únicamente en el instante histórico. Pero el conocimiento en el instante histórico es siempre el conocimiento de un instante. Al replegarse como un instante —como una imagen dialéctica—, el pasado entra en el recuerdo obligado de la humanidad. (*Tesis sobre la historia* 73)

En este extracto, se puede leer que, para Benjamin, el conocimiento histórico implica necesariamente una relación entre lo ocurrido y un mismo y, de esta manera, se conforma una constelación —un hilván imaginario que une las estrellas— de la cual forma parte quien esté presente al observar el instante histórico. Para la postura materialista histórica que enarbola Benjamin, lo que se puede llegar a saber de la historia tiene como condición relacionar la propia mirada con lo sucedido, una postura diametralmente opuesta a la que el historicismo recomendaba: aquello de olvidar todo lo que se supiera ulteriormente de la historia, hacer todo para negar la circunstancia del historiador, no involucrar la mínima empatía con el relato, con el fin de esterilizar las herramientas para interpretarlo.

Tanto para el materialismo histórico de Marx como para el que sugiere Benjamin, la relación sujeto-objeto se complejiza a partir de la puesta en crisis de ambos por medio de un replanteamiento epistemológico que tendría que ver con el conocimiento como actividad dialéctica: lo que puede conocerse y quien puede conocerlo están forzosamente relacionados e, incluso, constituidos por su interacción. En términos historiográficos, no hay un afuera del sujeto que conoce la historia ni una dimensión subjetiva completamente autónoma al objeto histórico por conocer, por lo tanto, el conocimiento histórico se fundamenta en la constelación de un instante y quien está ahí para captarlo. Frente a la intención historicista de *verdaderamente conocer lo que ocurrió* más allá de la experiencia de quien lo recuerde, para el materialismo histórico, el pasado ocurre como *recuerdo obligado de la humanidad*, es decir, como el ejercicio de la memoria, sucedido en la experiencia de alguien.

En la última cita, los instantes son momentos en los que la historia se presenta como cognoscible, y pareciera que no hay otra forma de conocerla que no sea a partir de estos fugaces *pellizcos* de tiempo. En el mismo apartado de las “Nuevas tesis” encontramos:

La historia tiene que ver con interrelaciones y también con encadenamientos causales tejidos fortuitamente. Al dar ella una idea de lo constitutivamente citable de su objeto, éste, en su versión más elevada, debe ofrecerse como un instante de la humanidad. El tiempo debe estar en él en estado de detenimiento. (*Tesis sobre la historia y otros fragmentos* 73)

Si la historia no es causal y en cada punto de su constitución reside un instante que es reflejo de lo humano en su conjunto, ¿cómo acercarse a ella para conocerla? El relato del historicismo, configurado desde la congruencia con el fin último de un proyecto civilizatorio específico —el moderno hegemónico—, aparta lo que debe narrarse (las victorias o las acciones edificantes para la modernidad hegemónica) de las minucias desechables (las derrotas o las acciones que hacen tambalear su proyecto). Esto significa que su recuento separa el trigo de la paja, cuenta lo que realmente pasó, pero también lo que realmente *importa*. Por el contrario, en la tesis III, Benjamin dice: “sólo a la humanidad redimida se le ha vuelto citable su pasado en cada uno de sus momentos” (*Tesis sobre la historia* 37); la “humanidad redimida” será aquella que comprenda que nada de lo que haya ocurrido anteriormente sobra, toda su historia puede ser encontrada en cualquier punto del pasado. Teniendo en cuenta esta postura epistemológica respecto al conocimiento histórico, Benjamin encuentra que la imagen dialéctica puede ser una estrategia para hacer una lectura participativa de la historia, lejos de las formas positivas que huyen de las enunciaciones *manchadas* con la experiencia. La imagen dialéctica permite ver, en un mismo instante, las tensiones que conforman la historia e invita a la interpretación empática de ella para que, quien la descubra, sea capaz de involucrar su potencia redentora a través del acto mismo de recordar: “Hay que definir a la imagen dialéctica como el recuerdo obligado de la humanidad redimida” (*Tesis sobre la historia* 73).

Una imagen dialéctica es una figura histórica que permite habitar en ella escenarios contradictorios, relacionándolos a través de la tensión y permitiendo la comprensión de lo que a la lógica identitaria le parece imposible: la existencia simultánea de dos

sucesos. Para esta última, $A=A$ y $A\neq B$, A y B son completamente distintas y la existencia de una no supone la de la otra. En clave historicista, podemos decir que el pasado no es el presente, y que en un enunciado coherente con los principios identitarios ni uno ni otro pueden convivir en el mismo relato. Pero, según Benjamin:

Las historias previa y posterior de un hecho histórico aparecen, en virtud de su exposición dialéctica en él mismo. Más aún: toda circunstancia histórica que se expone dialécticamente se polariza convirtiéndose en un campo de fuerzas en el que tiene lugar el conflicto entre su historia previa y la posterior. Se convierte en este campo de fuerzas en la medida en que la actualidad actúa en ella. (*Libro de los pasajes* 472)

Una de las cosas que posibilita la imagen dialéctica es la convivencia de los contradictorios a partir de una relación, que más bien será un campo de fuerzas, y que hace que se actualice la tensión cada vez que la descubre una mirada, igualmente dialéctica, en el presente:

Al pensar pertenece tanto el movimiento como la detención de los pensamientos. Allí donde el pensar en una constelación saturada de tensiones, llega a detenerse, aparece la imagen dialéctica. Es la cesura en el movimiento del pensar. Su lugar no es, por supuesto, un lugar cualquiera. Hay que buscarlo, por decirlo brevemente, allí donde la tensión entre las oposiciones dialécticas es máxima. (*Libro de los pasajes* 478)

Pausa y movimiento, ambos conforman la imagen dialéctica. La palabra paradoja podría tentarnos para describir esta existencia contradictoria, pero renunciamos a ella porque tiene como referente la congruencia lógica del principio de identidad. No, la imagen dialéctica no es una paradoja, es una forma otra de comprender la inquietud del mundo y sus relaciones históricas.

Conclusiones

Benjamin propone que el pasado vive en el presente y el presente se encarga de actualizarlo, pero de manera distinta. En sus palabras:

No es que el pasado arroje luz sobre el presente, o lo presente sobre lo pasado, sino que imagen es aquello en donde lo que ha sido se une como un relámpago al ahora en una constelación. En otras palabras: imagen es la dialéctica en reposo. Pues mientras que la relación del presente con el pasado es puramente temporal, continua, la de lo que ha sido con el ahora es dialéctica: no es un discurrir, sino una imagen en discontinuidad. (*Libro de los pasajes* 464)

La historia concebida deja de ser un conjunto de relatos muertos, pues es la continuidad la que los deja en una dimensión temporal clausurada, para convertirse en dadora de vida de la memoria y hacer la experiencia campo fértil para sus recuerdos actualizados.

Ahora bien, la intención de encontrar un acercamiento a la historia diferente del historicismo no es la de arrojarse a la actividad contemplativa de la imagen dialéctica, sino la de dejarse atravesar por lo que su aparición advierte: un peligro.

Este elemento destructivo en la historiografía debe entenderse como una reacción a una constelación de peligros que amenaza tanto a lo transmitido en la tradición como a su receptor. La imagen dialéctica es un relámpago que va por sobre todo el horizonte del pasado. (*Tesis sobre la historia* 94)

Lo que, sobre todo, pone en función las imágenes dialécticas es la inquietud de quien las encuentra, un aviso que aparece como relámpago, fugaz y penetrante, de que algo en ese acto refiere a una catástrofe ocurrida en el pasado y repetida en el presente cuando se la vuelve a actualizar. Así pues, la imagen dialéctica es una forma de encontrarse con lo sucedido sin poder apresararlo en la quietud, renovando su sentido una y otra vez por medio de la mirada —dialéctica— que es capaz de advertir un desastre en el pasado y verlo vivo en el presente.

Una de las diferencias entre el historicismo y el materialismo histórico es que mientras el primero se *apodera* de la verdad histórica más allá de la experiencia, como un relato en extenso congruente y causal, el segundo adopta las imágenes dialécticas, relámpagos inapresables, como portales de la historia; además, si la postura del historicismo es la de no enjuiciar la historia, la del materialismo histórico es la de mostrarla, nada más y nada menos, que como *catástrofe única*.

Al respecto de la catástrofe, José Manuel Cuesta escribe en su libro *Juegos de duelo*: “Las imágenes dialécticas son imágenes de duelo. La pasión del Ángel de la Historia que —lo sabemos— desea detener el tiempo homogéneo y vacío, despertar a los muertos y construir lo arruinado, no es finalmente otra que la de un sujeto luctuoso” (82). El autor hace una alusión a la tesis IX en la que aparece el *Angelus novus* de Paul Klee como representación del ángel de la historia. El sentido luctuoso de su interpretación nos parece profundamente radical, puesto que va a la raíz de la preocupación política benjaminiana. La imagen que el ángel ve con “ojos desorbitados” lo atraviesa, el horror del paisaje lo hace partícipe por medio del dolor y la impotencia, el duelo lo convierte en actor de la historia. En otra tesis, Benjamin advierte: “[...] tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer” (*Tesis sobre la historia* 40). Para quien tome la vía del materialismo histórico, el luto tampoco ha cesado, pues las muertes (de personas, pero también de proyectos distintos al dominante, junto con sus lenguajes y relaciones) se le presentan en el escenario cotidiano. Los días son una masacre y alguien (o algo, un sistema de relaciones que se impone en todos los frentes de la vida) está detrás de su gestión. **D**

Referencias

- Benjamin, Walter. *Libro de los pasajes*. Akal, 2016.
- Benjamin, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. UACM/Ítaca, 2008.
- Cuesta, Abad José Manuel. *Juegos de duelo. La historia según Walter Benjamin*. Abada, 2004.
- Echeverría, Bolívar. *El discurso crítico de Marx*. Fondo de cultura Económica/Ítaca, 2017.
- Lorde, Audre, *La hermana, la extranjera*. horas y HORAS la editorial, 2003.
- Marx, Karl y F. Engels. *La ideología alemana*. Ediciones Pueblos Unidos, 1973.
- Zea, Leopoldo, comp. *Quinientos años de historia, sentido y proyección*, Fondo de Cultura Económica, 1991.